

RAWBLOOD

CATRIONA WARD

Traducción de Cristina Macía

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Rawblood*

Publicada por primera vez en Gran Bretaña en 2015 por Weidenfeld & Nicolson.

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Catriona Ward, 2015

© de la traducción: María Cristina Macía Orio, 2024

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-1148-796-2

Depósito legal: M. 15.863-2024

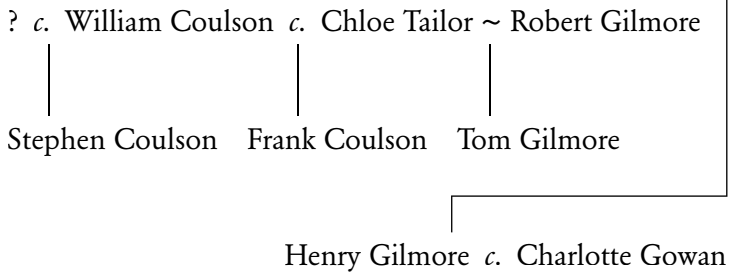
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

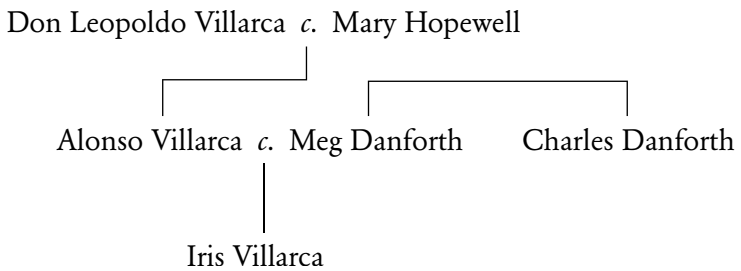
alianzaeditorial@anaya.es

Para mis padres, Isabelle y Christopher

FAMILIAS GILMORE Y COULSON



FAMILIA VILLARCA



Iris

1910

Así es como llego a matar a mi padre. Todo empieza de la siguiente manera.

Tengo once años. Damos con la yegua poco después de las doce del mediodía. No lleva mucho tiempo y los zorros aún no han llegado. Las moscas, en cambio, sí. Está hinchada, reluciente.

—¿Por qué? —digo.

Tom alza y baja un hombro huesudo en gesto de indiferencia. La muerte llega a veces, y ya está. Lo sabe bien. Lo ha aprendido estos últimos meses.

Las crines de la yegua son negras contra la tierra calcinada. Me arrodillo y voy a tocarla con un dedo. Él me aparta de la carcasa. Me preparo para la reprimenda, pero no llega.

—Mira —me dice.

No veo nada, pero luego, sí, en una mata de brezo, a diez pasos. Pequeño y oscuro a la sombra verde. Recién nacido.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto.

Se pasa la mano por el pelo.

—Pregunta pelma, Iris. ¿Qué quieres que haga?

Eso me duele.

—No soy ninguna pelma —replico—. Quiero ayudar.

Me da un empujoncito.

—Pelma.

Tom ha tenido la voz inexpressiva desde que murió su madre, en marzo.

Nos quedamos mirando a la potrilla, tumbada, con la cabeza gacha. Resopla. Los lomos de algodón suben y bajan. Aún tiene el pelo resbaladizo y pegajoso en algunas zonas. Es demasiado pequeña para vivir, pero parece que no lo sabe.

—Podemos darle de comer nosotros —digo.

Me lanza una mirada que significa que vivo en una casa grande con suelos brillantes encerados y techos altos donde el aire se condensa en un silencio blanco y la ropa de cama huele a lavanda y a rosa de té. Por las mañanas, desayuno gachas con nata y, si he sido buena, leche de mi jarra de plata. A Tom se le ven las rodillas a través de los parches gastados de los pantalones. Vive con su callado padre en la casa de labranza llena de corrientes en la que faltan tejas del tejado. Todas las mañanas está en los campos antes de comer. «Nosotros» no significa nada.

Cambio de postura, incómoda. Las botas me aprietan y no me llega sangre a los pies, que parecen pescados destripados. Me quité las medias cuando íbamos por Bell Tor. Bajo las enaguas tengo las piernas al aire, llenas de arañazos del brezo, moteadas de sangre.

—Nunca sale bien —dice al final—. No quieren. O se ponen malos. La leche de vaca no les vale.

—No quiero que se muera.

—Eres una niña —responde—. No lo entiendes.

Y así sé que él tampoco quiere que se muera.

Durante una tormenta de marzo, Charlotte Gilmore se tropezó con un pliegue de la falda. Todos los días veo ese momento en los ojos de Tom: el aire frío que se levanta cuando rueda a lo largo de veinte peldaños empinados; el vestido que se le abullona como un capullo arrojado al viento; el trueno que tapa el sonido cuando se rompe el cuello.

—Vamos —dice.

Cuando está triste, la voz le cruje como un cajón que encaja mal.

Nuestras sombras largas planean sobre el terreno. La potrilla alza la cabeza, interrogante. Tom la coge en brazos. Se retuerce y forcejea y lanza coces con los pequeños cascos. Tom se la carga a los hombros y ahí se le acomoda el animal. Le sujeta las finas patas delanteras y traseras en los puños. La cola diminuta se sacude con indignación. Y así vuelven hasta la granja.

—Te estarán echando de menos —me dice de lado—. Venga, pelma, vete a casa.

—Espera —le digo, y corro con pies ceñidos—. ¡Espera!

Henry Gilmore está inclinado sobre la puerta de la valla de la granja. Tiene la mirada perdida, llena de nada. Tom se detiene ante su padre. La potrilla alza las orejas diminutas sobre sus hombros. Tom repite la pregunta.

—Maisie destetó al potro hace un par de días —dice Henry Gilmore.

Habla con voz lenta. Lanza a Tom una mirada vacilante. Antes miraba con firmeza. Ya no. Se dejó los ojos en la tumba de la madre de Tom, hace cuatro meses.

—¿La querrá...? —Tom se interrumpe a media frase.

Henry Gilmore se encoge de hombros.

—Puede. No la fuerces. Si no quiere. Déjala hacer.

Tiende una mano hacia el morro de la potrilla. A esta le tiemblan los ollares, le roza la piel, huele su dolor.

—Se va a morir igual —dice Henry—. Mejor que sea rápido.

—Igual no —dice Tom, y el aire parece espesarse entre ellos.

—No llegarás a granjero.

Le toca el hombro a su hijo con gesto distraído. Se aleja, se pierde al otro lado de la valla, hacia el azul. Tom, la potrilla y yo lo vemos alejarse. La distancia lo encoge, recorta su figura hasta que solo es una gota oscura que se mueve por los huesos de la colina.

En la casilla, Maisie nos mira a través de un copete del color de la nieve sucia. Tiene terrones de barro en el pelo enredado de la barriga. Alza el labio al vernos y nos muestra los dientes amarillos como la mantequilla.

—Tú no entras, pelma —dice Tom—. ¿Entendido? Pase lo que pase.

Tiene un tic en la frente. Las cejas le vibran con la ansiedad. La potrilla le roza la mejilla con el morro. Tom aprieta con más fuerza las manos sudorosas con las que le agarra las patas.

—La vas a tener que sujetar —dice—. ¿Puedes? Si eso. Sí.

Un revoloteo de cascos diminutos, la potrilla chilla como un gato. Al final se rinde entre mis brazos. Con el corazón acelerado, con los frágiles huesos nuevos.

—Hay que hacer que huelan igual.

La potrilla y yo, abrazadas, nos estremecemos bajo el sol. No veo a dónde ha ido Tom. Se oyen las pisadas de las botas contra la tierra reseca, el coro desconcertante de la madera, el metal, los cerrojos, las puertas. Vuelve enseguida.

—Así valdrá.

Trae una lata ancha y baja. Levanta la tapa con la navaja y mete la mano, y la saca enguantada en melaza. Volutas oscuras, brillantes. Cubre con ella la cerviz y el cuello de la potrilla. Se la pone en el lomo, en los ijares, por toda la barriga. Cuando acaba tiene los brazos surcados de hilos cruzados, como rastros de caracoles.

—Ahora no le hará daño —dice Tom.

Le acaricia el belfo a la potrilla, que cierra los ojos. Pestañas largas en unos párpados como el hollín.

—No le hará daño —dice de nuevo, y no es a mí.

Por encima de la puerta de la casilla, Maisie sacude la cabeza enorme, mira con ojos reticentes, resopla y levanta el labio superior.

—No —digo—. No le hará daño. Buena chica, Maisie.

Es una yegua de tiro, vasta, con flancos que ondulan como el mar en calma. Tom observa. Se le ve en los ojos el iris azul bordeado de blanco.

—Para qué esperar —dice para sí mismo, o quizá para mí. Maisie le acerca los ollares a las manos pegajosas—. Eso —le dice—. Todo eso. Enseguida. —Se mete en la casilla y se cierra con ella. Mueve las manos adelante y atrás, entre la luz y la oscuridad que huele a paja. Cubre de melaza el morro de Maisie, se la pasa por la boca.

Avanza por su escultura colosal, se pierde hacia la penumbra del fondo. La yegua no se mueve, pero sigue con la cabeza el rastro pardo, brillante.

Cojo a la potrilla. La noto como un saco inerte entre los brazos. Se ha rendido. Tiene los cascos del tamaño de monedas. El latido del corazón contra mi muñeca. Huele a agujas de pino recién pisadas, penetrante contra el fondo de la granja.

—¿No le pasará nada? —digo.

Tom no responde. Llevo a la potrilla a la puerta de la casilla. Está quieta, inerte. La coge y la mete en la oscuridad. Luego, sale. Parpadea ante la luz dorada repentina. Arquea las cejas oscuras. Yo me pongo las yemas de los dedos en la muñeca. La carne retiene el recuerdo del corazón de la potrilla, su pulso entrelazado con el mío. Esperamos en silencio.

—No puedo —dice Tom.

Así que miro yo.

A la luz escasa, Maisie olisquea el cuerpo de la potrilla. Le lame la melaza del morro, de los ojos. La lengua como un grueso banderín la recorre entera. La potrilla maúlla en tono agudo de queja. Maisie la levanta, le mete el morro bajo la barriga. La cabeza ponderosa es tan larga como el cuerpo del animalito, un edificio entero de hueso y dientes. La potrilla se estira. Alarga el cuello hasta lo imposible, lo levanta en una línea perfecta. No llega. Vuelve a lanzar el grito agudo. Maisie dobla las patas, se deja caer en el heno. Cierra los ojos. La potrilla se alimenta, el cuerpo diminuto y decidido contra el vientre monstruoso. La cola se sacude. Maisie resopla. El heno vuela bajo los rayos oblicuos de luz.

—Todo bien —digo.

No hay respuesta.

Tom mueve los labios en silencio. Le clavo un dedo entre las costillas. Le cojo la muñeca de piel morena con una mano húmeda. Tom se quita las manos de las orejas que se ha estado tapando con fuerza. Va hacia la puerta de la casilla.

—Bien —dice a toda prisa—. Bien. Buen trabajo, pelma.

—No me vuelvas a llamar pelma —digo—. No me gusta.

—Ya lo sé —dice—. Perdona. No lo digo en serio, Iris. No eres ninguna pelma. Es solo que... ¿te acuerdas de cómo te pusiste cuando los perros cogieron a tu rata?

Vuelve la pena, y también la ira, ira ardiente.

Tom asiente con la cabeza.

—Pues así me siento yo ahora todo el tiempo —dice—. Todos los días.

Lo medito un momento.

—Vale —digo—. Puedes llamarme como quieras. No me importa.

Tom me coge la mano por primera vez desde la muerte de su madre. Contemplamos a la yegua y a la potrilla. Las abejas zumban en el atardecer. El día vuelve a recuperar los sonidos.

—Venga —dice Tom al final—. Vete a casa ya.

—No.

No estoy preparada para enfrentarme a papá.

—Nos va a caer una buena como no te vayas.

Me va a caer una buena de todos modos, pero no se lo digo.

—No sé el camino de vuelta —respondo, triunfal.

—Eso dices siempre.

—Igual acabo en Bélgica.

—Vale, te llevo —replica, como ya sabía yo que iba a decir—. ¡Vamos a la Casa de la Pelma Plomo!

—¡No se llama así! —Le doy de puñetazos—. ¡Yo no me llamo así!

—¿No decías que no te importaba? —grita bajo la lluvia de golpes—. ¡Pelma! ¡Eh, ay, no vale morder, pelma!

Rodamos felices por el patio polvoriento.

Me vuelo a través del seto. Los ojos me lloran de la luz, la brisa. Pero la calma reina entre el brezo. El olor de la lavanda impregna el aire.

Mi padre sueña en medio del verde, con su traje negro y enmarcado en franjas de gris y violeta. En la mesa que tiene al lado yace abierto un libro viejo, de lomo roto. Hay también una jarra verde lima llena de agua que brilla a la luz. Junto a la jarra, una bolsa de cuero blando, abierta sobre la madera cálida. Veo dentro el bri-

llo metálico, afilado e invitador. Aparto la vista. No debo acercarme a la bolsa de mi padre, no debo tocarla jamás. Es una de las Reglas. Tras él se alza la casa, cálida, gris.

Rawblood. Sangre cruda. Mi hogar. Suena a batalla, a dolor, pero es un nombre apacible. «Raw» viene de «sraw», que significa «que fluye», en referencia al río Dart, que corre cerca de las tierras. «Blood» viene de «Bont», puente. Son palabras antiguas. La casa del puente que cruza el agua que fluye. No sé desde cuándo lleva en la familia. Rawblood somos nosotros, y nosotros, los Villarca, somos Rawblood.

Es una mole desgarrada. Las ventanas salpican las paredes sin distancia fija. Los ángulos demenciales del tejado de color cálido brillan purpúreos al sol. Es vieja y todos los que han vivido aquí han construido algo, o han derribado algo. Ha cambiado con el tiempo, igual que el nombre. Pero la casa tiene voluntad propia. Ha conservado sin alharacas la forma de U alargada. Cuando trato de pensar en Rawblood, en dibujarla con palabras, me sale una nada algodonosa. No puedo describirla igual que no puedo describir mis huesos, mis ojos. Es, y ya está. Lo ocupa todo, como la ceguera.

Es de las primeras cosas que recuerdo que me enseñó mi padre: que tengo que guardar silencio y no puedo estar entre mucha gente ni ir al pueblo por la enfermedad, y que llevamos a Rawblood escrita en nosotros. A veces creo que Tom sabe lo de la enfermedad. A veces me mira como si supiera algo. O podría decirse y seguiría siendo mi amigo luego. Pero no voy a hacer la prueba.

Me acerco y veo dormir a mi padre. Mece la cabeza al ritmo de su música interior. Le tiemblan los párpados. Estoy cerca y veo que el sol poniente le destaca cada pelo plateado de las patillas como un hilo de acero.

Una mano se abre en el aire entre nosotros, me agarra por el brazo, tira de mí hacia él. Todo es tan rápido como el azote de una rama fresca.

—¿Qué he pillado? —murmura con los ojos aún invisibles—. ¿Qué será esto? ¿Un león?

Aprieta los dedos largos y chilló y digo que no, no soy un león.

—No te creo. Debes de ser un león. Porque yo soy un famoso cazador de leones.

Me palpa el brazo con movimientos ostentosos en busca de las patas, de las zarpas.

—Vaya. No es un león. Entonces, ¿qué? —Canturrea entre dientes—. Un tejón. Un tejón de pelo a rayas y de hocico largo.

—¡No!

—Pues un pez. Un buen pescado de escamas plateadas que me voy a cenar.

Me pasa los dedos por las costillas como un rápido acordeón y la risa me deja sin aliento.

—¡Una persona! ¡Soy una persona!

Abre los ojos.

—Pues es verdad. Vaya. Te tendré que soltar.

Pero no me suelta. Me mira con atención. No me había parado a pensar en mi aspecto. Estoy cubierta de melaza, pelo de caballo y polvo. Llevo el pichi manchado de verde y negro. El viento me ha revuelto el pelo para formar picos y cuernos.

—¿Hueles... hueles a caballo? —dice mi padre—. ¿Qué has estado haciendo, Iris? ¿Dónde has ido?

Me ha atrapado. Así que se lo digo. Le hablo de la potrilla, de Maisie, de la granja, todo contado hacia atrás, las palabras atropelladas.

Moja el pañuelo en la jarra de agua, me pasa la tela fresca y húmeda por los brazos. El anillo del dedo le centellea rojo, blanco, dorado. Las marcas de sus dedos son fantasmas blancos que se me quedan grabadas en las muñecas.

—El hijo de Gilmore, que no es un granjero —dice—. Iris.

Aguardo. Se me eriza el vello en los brazos.

—Gilmore no lo lleva bien. No. En absoluto. —Me coge la barbilla con el ala blanca que es una mano y me mira. Los ojos inmensos brillan como la madera pulida. Ahora me va a decir que no puedo. Me va a decir que no, por las Reglas... y no lo aguanto. La lavanda llena el aire, me invade los pulmones. Cuando papá y yo discutimos siempre es por Tom.

—No digas que no puede ser mi amigo.

—Lo digo, pero no sirve de nada, es obvio —replica—. No haces caso y estás creciendo. No sé qué hacer. ¿Te encierro? No podemos seguir discutiendo por esto, no podemos...

El pañuelo cae sobre la mesa. Estoy nueva, húmeda, limpia. Me escurro de su mano y me siento en el césped junto a él.

Mi padre no me hace reproches ni menciona mi vestido. Me vuelve a poner la mano en la cabeza, ligera y amable. Me acaricia, me quita con delicadeza del pelo rebelde el brezo, el heno, los abrojos.

—Granujilla —dice casi para sus adentros.

El césped cuidado me cosquillea en las pantorrillas desnudas. Cerca, los gorriones discuten entre las ramas del rododendro. Al lado del seto, en la sombra, una margarita solitaria rompe el verdor inmaculado del césped. Mañana ya no estará ahí.

Cojo el libro caído. Es un registro, un libro mayor como el que he visto que hay para las cuentas de la casa. Se me abre en la mano. Un olor penetrante sale de entre las páginas sucias. Están húmedas, pegajosas al tacto. La caligrafía es tenue y borrosa. «Ella no me causa molestias; tal vez es claro y evidente que ya estoy condenado. Son otras cosas las que me acosan en mis sueños. Una bendición para este adicto».

—¿Qué significa esto? —pregunto.

Los dedos de papá tamborilean sobre el papel, un suave tatúaje.

—No es adecuado para ti.

Me coge el libro, me lo quita y lo pone sobre la mesa. Algo me da miedo. Me limpio los dedos en el vestido.

—Bueno —dice mi padre.

Alzo la vista con gesto interrogador. Es un gigante recortado contra el sol.

—Si tiene mano con los caballos, asunto zanjado. Hace falta otro mozo de cuadras, Shakes está muy mayor. Que sea el joven no-granjero. —Me coge la cara con la mano—. La perra lobo de Miller ha tenido seis cachorros. Mañana por la mañana te dejo que elijas uno. Dormiré al pie de tu cama. ¿Qué te parece?

La luz me acaricia el pelo. Deslumbrada por el sol, distraída, al principio no relaciono las palabras con su significado. ¿Por qué va a dormir Tom al pie de mi cama? Entonces lo entiendo. Me froto los ojos con la mano, contra la hierba.

—No —digo.

—¿Cómo que no? Te hago dos regalos, ¿y me dices que no?

—Gracias, papá. No quiero los regalos.

Sé que esto lo va a trastocar todo, aunque aún no entiendo por qué.

Me mira con tibieza.

—Me sorprendes, Iris. Para el chico es bueno, y los Gilmore tienen bocas que alimentar, te guste o no. Pero no te quedes con el cachorro si no quieres.

—Es mi amigo.

—Ahora será tu mozo de cuadra —responde papá—. Y como tal lo tratarás.

—Sí —digo, porque es lo que se le dice a papá. Estoy aturdida y me pitan los oídos—. Pero ya no tendré a nadie. Me costará acordarme de que ya no somos amigos...

—Te acostumbrarás —dice—. Somos animales adaptables. Cuando lo llames «Gilmore» unas cuantas veces te empezará a salir natural. Y cuando lleve un año como mozo de cuadra te costará recordar que alguna vez fue otra cosa.

—Papá...

—Eres desobediente y me obligas a tomar medidas, Iris. No paras quieta, no te quedas bajo mi techo donde pueda verte. Juegas con la enfermedad y no te atienes a las Reglas. —Acaricia con la mano el estuche de cuero blando. Tiene los ojos perdidos a lo lejos.

Me levanto y dejo allí a papá, cálido, sólido en el banco, la cabeza plateada ya meciéndose. Sé que lo quiero. Me sorprende mi odio. Es como una astilla en la veta suave de la madera.

«Horror autotoxicus». La enfermedad. Papá no lo dice, pero creo que nos mata a nosotros, a los Villarca, y que por eso nosotros dos somos los últimos.

Conozco a Tom el día en que papá me habla de la enfermedad y pone las Reglas.

Tengo nueve años y nunca he salido sola de Rawblood. A papá no le gustaría. Pero está dormido en el jardín, con una mano colgando inerte en el aire iluminado por el sol, los quevedos en la punta de la nariz. Me escabullo como el agua. El camino de Manaton es tranquilo, sombreado, cálido con el sol de la tarde. Los setos están altos, llenos de verde y luz secreta.

Llevo las manos ocupadas con dos trozos enormes y frágiles de tarta de manzana que he robado de la mesa de la cocina. El aroma dulce, cálido. Estoy sola en el mundo. Más allá de Rawblood, de la mirada de papá. Balanceo los brazos, largos, libres. La luz estival. Trinos perezosos claros como el cristal. La arenisca bajo mis botas. Voces a lo lejos, en los campos vecinos. Casi ha terminado la cosecha.

Camino despacio, clavo con fuerza los dedos de los pies, los arrastro como un pájaro herido arrastra el ala. Doy una patada y una nube de polvo fino llena el aire, y cierro los ojos con fuerza. El ritmo de mis pies, crujido, arrastro, patada... es una sensación onírica, aunque sé que estoy despierta. Canturreo entre dientes una canción que me he inventado. Habla de tejones. No tiene melodía. Cuando llegue el momento, encontraré una piedra en la que sentarme, o treparé a un árbol, y me comeré los dos trozos de tarta, pero todavía no... El ritmo de mis pies por el camino.

Me detengo. Ya no estoy sola. Detrás de mí hay una niña como salida de la nada. Está de pie en un recodo. Creo que me viene siguiendo. Es delgada, más alta que yo, pero con cara de preocupación, como si se hubiera dejado algo en casa. Dos dientes de conejo, pardos, le asoman entre los labios blancos. Nos miramos.

—Hola —digo.

Deja escapar un sonido y se mete las manos en los bolsillos del mandil.

—¿Quieres? —Le enseño un puño. La manzana me sale entre los dedos. Puede que quiera ser mi amiga.

La niña mira el dulce que llevo en la mano. Se mordisquea el labio inferior. Clava en mí los ojos preocupados y señala el camino.

—¿De dónde eres? —pregunta—. ¿De aquí?

—De Rawblood —digo, y trato de que no se me note mucho el orgullo. Miro los dos trozos de tarta que llevo en las manos—. Uno para cada una —digo con cierto pesar.

—Si es de ahí, tendrá veneno —dice. Mira la tarta—. ¿Tiene veneno?

—No —replico, ofendida.

Me llevo la mano a la boca. Masa dulce, quebradiza. Fresca, verde, azúcar.

La niña se muerde el labio y me mira. Luego se agacha de prisa y rebusca en la arena. Algo silba curvo por el aire. El filo de una piedra me da en la comisura del ojo y todo estalla. Algo más me golpea la sien con un crujido. El mundo se tambalea. La niña lanza y se agacha con concentración perfecta, se carga las manos en el camino. Todas aciertan. Algunas son pequeñas, esas escuecen. Algunas son grandes y el golpe contra la carne suena sordo, contra el hueso suena seco. Doy la espalda a la niña y me acurruco para encogermé. Las piedras me golpean salvajes los riñones, las costillas, la columna. Un impacto en la base del cráneo hace que vea destellos de blanco en la mente y en los ojos. Todo tiene sabor a metal.

Mi mejilla choca contra el camino con un golpe sordo. El camino, que se extiende como el paisaje ante mí. Por encima del latido en los oídos me llega la presión suave, el crujido del camino cuando se acerca. Me intento levantar. Siento los brazos y las piernas como cubos de arena mojada. Se acerca con pasos suaves. Algo caliente me corre del cuero cabelludo a la barbilla, gotas calientes y rojas. Hago ruidos, gatitos que se ahogan.

Su sombra. Veo los pies ante mí, atados con trapos. Sin zapatos. Se inclina. Los dedos mugrientos y temblorosos me abren el puño, cogen lo que queda de tarta en una mano, luego lo que queda en la otra. Intento morderla, le arañó el brazo con los dientes. Se vuelve a toda prisa, el seto se estremece y desaparece.

Me siento en el camino caldeado. No sé qué hacer. No puedo volver a casa. Papá verá la sangre y las heridas, sabrá que he desobedecido. No tendría que haber salido, no tendría que haber salido nunca... Tengo un diente suelto. Lloro con sollozos entrecortados.

Pisadas en el recodo. Me presiono contra el seto, atravieso el espino blanco, el zarzal, hasta el muro de piedra gris que hay en el centro. Las ramas duras y crueles me desgarran el vestido. Algo vivo reptá junto a mi oreja. Contengo el aliento. Hay silencio. Una paloma torcaz arrulla. La brisa sopla y trae los primeros aromas del anochecer.

Las pisadas se detienen cerca.

—Es sangre —dice la voz para sí misma. Hay un ligero tartamudeo en las consonantes, como un cajón que no encajara bien—. ¿Todo bien? —Algo aparta los ojos, puede ser un monstruo. Lanzo un mordisco—. Ay —dice la voz, y se aparta—. Uf, ay.

Me arrepiento un poquito y no me gusta el seto, me da miedo. Así que salgo.

El chico está en medio del camino y se agarra el brazo enrojecido donde le he dado un mordisco. Es más o menos de mi altura, con pies descalzos de piel tostada y una caña de pescar.

—Muerdes muy bien —dice—. ¿Por qué estás toda llena de sangre?

—Una niña me ha quitado la tarta —digo—. Era de manzana. —Le muestro las manos, aún fragantes y llenas de migas.

Asiente con toda seriedad.

—Vaya —dice—. Qué rollo.

—Qué rollo —repito, extasiada—. ¿Cómo te llamas?

—Tom —dice—. ¿Y tú?

—Iris.

Es la primera vez que lo digo. Me siento extraña y un poco poderosa.

—Seguro que te queda el sabor —dice.

Así que nos sentamos al borde del camino y lamemos mis dedos pegajosos. También llevan tierra y trocitos de corteza, pero el sabor a manzana está ahí. Nunca antes había compartido nada. Me hace cosquillas con la lengua. Me río. Duele.

Lo nota.

—Menuda paliza —dice.

—No quiero que mi padre vea la sangre.

—Vale —dice—. Ven. —Me coge de la mano.

El arroyo corre centelleante entre grandes piedras hasta una charca mansa, verde. En las orillas crecen serbales y zarzamoras. Los jejenes bailan en el aire cada vez más fresco.

El agua fría es una conmoción. Gritamos y chapoteamos. Los renacuajos y los pececillos se escabullen entre nuestros pies. La sangre se aleja de mí con la corriente. Comemos moras hasta que estamos todos sucios de púrpura. Mi vestido se seca arrugado al sol mientras Tom pesca. No saca nada.

—Tendría que llevar una trucha al menos —dice—. Igual no me cae tanto si llevo una trucha.

—Te has escapado —digo—. Igual que yo.

—Tenía que meter el heno en el pajar —dice.

Me habla de su padre, de su madre, del lugar donde viven, que es una granja con vacas.

—Me encantan las vacas —digo—. Tienen ojos grandes y pestañas.

—Pero dan muchas patadas —dice.

—Bueno, a casa —dice Tom cuando los jejenes nos rodean por todas partes y el horizonte es de un gris frío y lechoso.

—¡Ven a casa conmigo! —digo.

—No puedo —responde, y percibo su aprensión.

—Conmigo, conmigo —canturreo—. Ven a casa conmigo...

Bailo en torno a él y lo agarro del pelo oscuro. Bailo y canto a gritos porque no quiero ir sola por el sendero oscuro.

—Pelma —dice—. Venga, te acompaño.

Papá nos ve cuando bajamos de la colina con la última luz. Sale a la puerta como un toro.

—¿Cómo se te ocurre marcharte así, Iris? ¡No te vayas, no se te ocurra! ¡Podría haber bajado la niebla! —Está temblando.

—¡No hay niebla, papá! ¡En serio! —Siempre está pensando que bajará una niebla y eso le da mucho miedo.

Me mira las heridas y magulladuras, el vestido sucio. Coge a Tom por el cogote, lo levanta del suelo. Lo sacude hasta que se le saltan los botones de la camisa.

—¿Qué le has hecho? —grita—. ¡Habla! ¿Qué le has hecho!

—¡Nada! —está diciendo Tom.

—¡No, no, no ha sido él! —grito yo.

—¿De dónde sales tú? —dice papá—. Tu familia se va a enterar. Pero primero la peor paliza de tu vida.

—Tom Gilmore —dice, y le castañetean los dientes mientras lo sacude—. De la granja Trubb.

Tiro de la manga de papá.

—Es el que me ayudó —digo—. ¡Papá! La que me tiró las piedras fue una niña...

Papá suelta a Tom como un saco de trigo. Tom se sienta en el suelo, conmocionado. Papá se tapa la cara con las manos.

—Tom Gilmore —dice.

Tom no responde. Responder siempre causa problemas.

—Papá, por favor, no le hagas nada —digo.

Se le escapa un sonido extraño.

—Lo había olvidado —dice—. Lo prometí y lo había olvidado. —Mira a Tom—. Dale algo de comer, Iris. Pero, aquí, no. En la casa, no.

Se da media vuelta y vuelve a Rawblood, y le tiembla la espalda.

Tom y yo lo seguimos con la mirada.

—Está llorando —dice Tom.

—Ya.

No hay mucho más que decir. No es ni más ni menos peculiar que el resto de las cosas que han pasado hoy.

—Igual queda un poco de tarta —digo, y ese pensamiento eclipsa a todos los demás.

Papá me cubre de tintura de yodo. Tiene un olor penetrante y rojo. Mi dormitorio es acogedor. El fuego arde en la chimenea, como cuando estoy enferma. Salta y chisporrotea, nos caldea la cara. La noche está afuera. Nosotros estamos dentro.